

que practicamos: hai un juicio que compara la accion con la lei y descubre por consiguiente si esta es ó nó, conforme con aquella. Esta lei la reconoce cada uno en el fondo de su alma, es una misma para todos. ¿Quién ha dado esta lei? ¿Cada uno se la ha impuesto á sí mismo? No: por que si así fuera, ni seria una misma para todos, ni habria para que afligirse tanto, cuando se infringe. ¿Algun hombre la ha impuesto á los demas? Tampoco: ó este legislador es uno de los que viven, ó uno de los que han muerto ya: si lo primero, ¿quién impuso la lei á las generaciones pasadas? Si lo segundo, ¿por qué motivo atormentarse tanto, cuando ya el legislador está en el sepulcro? No perdamos el tiempo en ridículas suposiciones: esta lei supone la existencia de un legislador; y este legislador abarca lo existente y lo posible, registra de una mirada todos los crímenes y las virtudes, domina igualmente lo presente, lo pasado y lo futuro, es del tiempo y de la eternidad. Estos sentimientos nos descubren á Dios.

PUNTO SEGUNDO.

La existencia y las modificaciones de la materia no pueden explicarse sin recurrir á la existencia del ente necesario.

294. El argumento de que nos servimos en el punto anterior, puede aplicarse á la existencia de la materia. Para no multiplicar pues las pruebas, reduciremos este punto á dos consideraciones importantes: al movimiento de la materia y el espectáculo de la naturaleza física.

295. Esa multitud innumerable de objetos que componen el universo visible nos ofrece entre otras maravillas el espectáculo continuo de un concertado movimiento. ¿Quién hace mover esas moles inmensas que giran sobre nosotros? ¿Dónde está la mano que agita la materia inerte y obliga á los mundos á cruzar por el espacio? Negad la existencia de Dios; y el origen verdadero de este movimiento se convertirá muy pronto en un caos impenetrable, en un manantial perenne de contradicciones. La materia es inerte, es incapaz en lo absoluto de darse á sí misma el movimiento. Hablando de la espiritualidad del alma, indicámos este hecho: tiempo es ahora de probarlo, para deducir del movimiento de la materia la existencia de una primera causa motriz. Oigamos á Rousseau.

296. „Yo veo, dice, á la materia ya en movimiento, ya en quietud, de donde infero que no le es esencial el uno ni la otra; es decir, ni el movimiento ni la quietud. Siendo pues el movimiento una accion, por necesidad es efecto de alguna causa, cuya ausencia es la quietud. Cuando ninguna cosa obra sobre la materia, ella no se mueve; y así, «por lo mismo que es indiferente á la quietud y al movimiento, su estado natural es estar en reposo, inaccion ó quietud.» Despues de haber distinguido el movimiento pasivo y comunicado por otro, del voluntario y espontáneo, añade estas notables palabras: (1) „Concebir la materia como productora del movimiento, es claramente concebir un efecto sin

(1) *Emile*, t. 3, pág. 43, ed. de 1762.

«causa; es no concebir absolutamente nada.” (1) Y añade: ¿No es manifiesto que si el movimiento fuese esencial á la materia, seria tambien inseparable de ella? que se conservaria siempre en el mismo grado, y siempre el mismo en cada parte de ella? que seria incomunicable, y no podria aumentarse, ni disminuirse? que no podria concebirse la materia en quietud?

297. „Cuando se me dice que el movimiento no es esencial á la materia, pero si necesario, veo que esto es envolverme en enigmas, y querer echarse fuera de la cuestion con palabras bien fáciles de confutar, si tuviesen algun poco mas de sentido. Por que, ó el movimiento de la materia le proviene de sí misma, y entónces le es esencial; ó proviene de causa extranea, y entónces no le es necesario, sino en cuanto la causa motriz obra sobre ella; y volvemos por consiguiente á la primera dificultad.

298. „Las ideas generales y abstractas son un manantial copiosísimo de los mayores errores de los hombres: el lenguaje metafísico no ha descubierto jamás una verdad, y ha llenado la filosofía de absurdos, de que se avergüenza luego que se los despoja de las palabras pomposas con que se presentan y se les adorna. Decidme, si no, cuando ois hablar de una fuerza ciega difundida en toda la naturaleza, ¿qué idea verdadera excita en vuestro entendimiento? verdadera, ninguna. Se cree decir algo con estas palabras vagas, *fuerza universal, movimiento necesario*, pero en realidad nada se dice.

(1) Tom. 3.º pág. 49.

299. „La idea del movimiento no es otra cosa que la idea de la traslacion ó paso de un lugar á otro; no se da movimiento sin alguna direccion; por que un ser individual no puede moverse á un mismo tiempo en todas direcciones: ¿pues hácia cuál se dirige ó mueve necesariamente la materia?

300. „Ademas, ó la materia considerada en su totalidad tiene un movimiento uniforme, ó cada átomo tiene el suyo particular. En el primer caso, el universo entero debe formar una masa sólida é indivisible; en el segundo, no debe formar sino un fluido esparcido é incoherente, sin que dos átomos puedan reunirse jamas.

301. ¿Y en qué direccion será este movimiento comun de la materia? ¿en línea recta, oblicua, á lo alto, á lo bajo, á la diestra, ó á la siniestra? Y si cada partícula de materia tiene su direccion particular, ¿cuáles son las causas de todas estas direcciones, y de todas estas diferencias? Si cada átomo, ó cada partícula de materia no hiciese mas que girar sobre su propio centro, jamas saldría de su lugar, y no habria movimiento comunicado; y aun este movimiento circular seria necesario que fuese determinado en algun sentido. Dar á la materia movimiento en abstracto, es no decir nada, ó es decir una palabra que nada significa: darle un movimiento determinado es suponer una causa que lo determine.” (1) Concluyamos pues, que no siendo el movimiento esencial á la materia, es un hecho inexplicable, si no se cuenta para nada con Dios; de donde resulta que la

(1) Id. pág. 51.

existencia de este Ser infinito está probada igualmente por la existencia y por el movimiento de la materia.

302. Pasando al cuadro de la naturaleza física, se ofrecen á nuestra razón, en la multitud innumerable de objetos que contiene, en las relaciones maravillosas que hai entre todos ellos, en la sábia distribución de las partes, en la impresion sublime que nos causa el conjunto, en la fiel correspondencia de cada objeto á su destino, y por último, en las invariables y constantes leyes á que está sujeta la obra divina del Universo; señales infalibles de la Omnipotencia, de la sabiduría infinita, de la bondad suma, y en una palabra, de la Providencia benigna, que todo lo arregla y dispone para el bien de los hombres y la gloria del Ser supremo. Este Dios, escondido á los ojos del ateo, se anuncia con caracteres espléndidos en el bello y magnífico espectáculo del Universo. „Seria necesario, dice M. Tulio, no hacer el menor uso de la inteligencia, seria no ser hombre, el atribuir al acaso lo que ha sido hecho con tal orden, regularidad, conveniencia y razón, que nuestra razón misma se pierde en contemplarlo.”

303. Cuando reflexionamos en la economía de una máquina por mui sencilla que sea, no necesitamos de otra cosa para afirmar con entera seguridad, que es la producción de un artífice dotado igualmente de un entendimiento que combina y de una mano diestra que ejecuta. Si estas pruebas de inteligencia y de gusto, rechazan por sí mismas cualquiera idea del acaso, aun en las obras de los hombres, ¿que será cuando se trata de las obras del Criador, cuando se admiran los prodigios infinitos que excitan nuestro

entusiasmo en el inmenso cuadro del Universo?

304. „¿Qué encadenamiento de fenómenos, capaces de elevarnos hasta la Divinidad vemos en el mundo planetario, á que pertenecemos! Esos globos luminosos que hace tantos siglos ruedan magestuosamente en el espacio, sin separarse jamas de sus órbitas, ni tropezarse en sus revoluciones; ese sol que á manera de una lámpara de fuego, vivifica toda la naturaleza, colocado á una distancia conveniente para alumbrar y dar calor á la tierra sin abrasarla con su fuego; ese astro que preside á la noche con su apacible claridad, sus faces y su curso, de que el genio del hombre ha sacado tantas ventajas; esta tierra tan fecunda, sobre la cual vemos perpetuarse por leyes constantes una multitud de seres vivientes, con la admirable proporción de los sexos, de muertos y de nacidos, que hace que jamas esté ni desierta ni recargada de habitantes: esos mares inmensos con sus agitaciones periódicas y tan misteriosas; esos elementos que se mezclan, se modifican y combinan de manera que sirvan suficientemente á las necesidades y á la vida de una prodigiosa multitud de seres, tan diferentes en su estructura y tamaño; en fin este curso tan regular de las estaciones, que reproduce sin cesar la tierra bajo formas nuevas; que despues del reposo del invierno la representa sucesivamente engalanada con todas las flores de la Primavera, enriquecida con las mieses del Verano y coronada con los frutos del Otoño, haciendo así pasar el año en un círculo de escenas variadas sin confusión, y semejantes sin monotonía; ¿no forma todo esto un conjunto y concierto de partes de que no podéis desprender

«der una sola, sin romper la armonía universal?» (1)

305. Es imposible desconocer este orden, esta belleza, este portento de sabiduría, sin renunciar al uso mas fácil de la razon, al mismo sentido comun, que basta por sí solo para elevarse desde las simples sensaciones de la naturaleza hasta el gran principio de donde todo emana. Algunos sofistas han empleado mil sutilezas para desvirtuar la fuerza de estas reflexiones tan urgentes; pero estos efectos de la corrupcion del espíritu nada pueden contra la luz de la evidencia. Desde Epicuro hasta Holbach no han llegado á faltar en todas épocas, espíritus degenerados, que por la mayor de todas las inconsecuencias, han preferido el acaso á la Providencia, el capricho á la sabiduría, lo mas repugnante á lo mas natural, los nombres á las cosas, para borrar la imágen de Dios del cuadro de la naturaleza. Unas veces pretenden que no hai en ella ese orden y concierto que todos reconocen, otras niegan con audacia la correspondencia de cada objeto á un destino marcado, otras por último, aun cuando admitan algunas de estas verdades, no quieren confesar el natural y estrechísimo enlace que hai entre ellas y la existencia de Dios. Mas por un beneficio particular de este Ser augusto, y por el designio que ha tenido en la creacion, sucede que el hombre columbra sin dificultad, poniendo en uso sus potencias intelectuales, el orden y algunas de las innumerables relaciones que hai en el universo; y de aquí se eleva sin dificultad ni esfuerzo alguno al conocimiento de la pri-

(1) *Frayssinous, Conferencias.*

mera causa. De todo esto nos servimos para formar el siguiente racionio que nos parece concluyente. Hai un orden, hermosura y fin particular en todos los objetos que componen el mundo visible; y este orden, que todos comprenden en virtud de las nociones primitivas, no puede explicarse sino recurriendo á la primera causa.

306. „Es bien público que algunos bellos ingenios, «tanto entre los antiguos como entre los modernos, «se han complacido en celebrar las maravillas de la «naturaleza: dejemos las descripciones y los pormenores á los naturalistas profundos, que reuniendo la «imaginacion del poeta á la sagacidad del observador, sean capaces de pintarlas: bástenos observar «en general este enlace maravilloso de causas y efectos que sostienen la armonía del mundo; el concurso «de las diversas partes al fin y á la conservacion del «todo, y la influencia del conjunto en la reproduccion «y conservacion de las partes. Si, todo se encadena «en la naturaleza, es una máquina inmensa en cuya «totalidad brilla tanto mas el orden, cuanto cada rueda «tiene á mas su destino particular, otro con relacion al «conjunto. Examinemos al hombre con particularidad: ¿qué soi yo considerado como un ser corporal? «Soy un átomo respecto de la tierra, y esta otro átomo respecto al mundo planetario, del que es una «parte. ¿Y qué es este mismo mundo con relacion «á la vasta extension de los cielos estrellados? ¿No es «lo mismo que un punto en la inmensidad de los «espacios? ¿Cuánta es pues nuestra pequeñez, y cuán «cerca estamos de la nada en nuestra parte perecedera! Sin embargo, nuestra existencia tiene relacio-

«nes y conexion con toda la naturaleza; y la tierra,
 «los mares, el aire, la luz y el sol, todo contribuye
 «á nuestra conservacion. El pan que me alimenta
 «proviene del grano conñado á la tierra; esta es fe-
 «cundizada por las lluvias que la riegan, las cuales
 «caen de las regiones del aire; este sostiene los vapo-
 «res que las producen, los que se levantan de la su-
 «perficie de los mares y de los rios, y esta evapora-
 «cion supone la accion del calor y del sol: de este
 «modo todo contribuye á proveerme de la subsisten-
 «cia; y aunque solo sea yo un átomo apenas percep-
 «tible en el todo, vengo á ser como un centro en
 «el que todo termina. Lo mismo que del hombre
 «diré de cada uno de los seres de la naturaleza, y
 «hasta de los animales imperceptibles á la vista. De
 «este modo está todo enlazado, desde lo infinitamente
 «pequeño hasta lo infinitamente grande, y el gusa-
 «nillo que se arrastra sobre la tierra está unido á la
 «constelacion que brilla en lo mas elevado de los cielos.

307. „¿Queréis admirar este mismo orden y belleza
 «en un objeto particular? Examinad solamente el
 «ojo del hombre, y descubriréis que está formado
 «para ver, y que entre él y los fenómenos de la
 «vision, hai una proporcion admirable; de modo que
 «en esto solo reconoceréis un fin, y medios que se
 «dirigen á él. Os engañáis, dirá aquí un ateo, here-
 «dero de un pensamiento de Lucrecio: el ojo no está
 «hecho para ver; pero cómo era preciso que la ma-
 «teria de que se compone coexistiese en cierto modo
 «con los demas objetos de la naturaleza, se ha des-
 «cubierto que estaba en proporcion con la luz; y he
 «aquí por qué el hombre se sirve de él, para ver los

«objetos. Es lo mismo, Señores, que si dijésemos
 «que la puerta de una casa no se ha hecho para
 «entrar y salir por ella, sino que hallándola hecha, se
 «la ha destinado á este uso: mas claro: que los di-
 «ferentes instrumentos de que se sirve un artífice
 «para desbastar, pulimentar, arreglar y concluir su
 «obra, no se han hecho para esto, sino que viéndo-
 «los el obrero á propósito para este uso, los aplica
 «á él. Pero he aquí como podemos apurar al ateo
 «mas obstinado. Prescindiendo de lo que el hombre
 «seria en cualquier otro sistema, es indudable que
 «en el orden actual de cosas ha nacido para ver los
 «objetos exteriores; pues la especie humana pereceria
 «si fuese del todo ciega. Bajo de este supuesto,
 «¿por medio de qué órgano ve el hombre? ¿no es
 «por los ojos? Pues preguntad ahora al mas hábil
 «óptico, si el ojo del hombre no está construido ma-
 «ravillosamente para este uso; si por el lugar que
 «ocupa, por los párpados que le cubren, por su órbita
 «movible, su pupila y su nervio óptico, no tiene las
 «mayores proporciones con la vision; y así siendo el
 «fin ver los objetos, y el ojo el medio de conseguirle,
 «resulta que este medio está perfectamente adaptado
 «al fin. ¿Qué mas se necesita para conocer un de-
 «signio, un objeto, un plan meditado, y por último
 «un orden? Lo mismo que se dice del ojo puede
 «decirse de todos los demas órganos, y del maravi-
 «lloso mecanismo del cuerpo humano, del de los a-
 «nimaes y del de las plantas. Preguntad al sabio
 «mas profundo y mas versado en el conocimiento de
 «la naturaleza; y os dirá que en la cadena inmensa
 «de los seres no hai uno solo que no esté bien

«ordenado en sí mismo, y con referencia á los demás. ¿Y dónde hallaremos orden y belleza, sino la encontramos en esta serie y enlace de maravillas? «La naturaleza, Señores, es tan hermosa, y tal la impresión de su belleza en los hombres, que todos «sus esfuerzos se dirigen á reproducirla, y el mayor «triumfo del ingenio humano es imitarla. Las bellas «artes solo son una imitación de ella; y el pintor, el «estatuario y el poeta son tanto mas perfectos, cuanto «mas fielmente copian su imagen: las bellezas naturales tienen en efecto para nuestros corazones cierto «encanto secreto que los acompaña en todas partes; «y así está observado, hace muchos siglos, que el «hombre se complace en reconocerla en sus juegos, «en sus fiestas y sus espectáculos mas pomposos, en «los pórticos y palacios que construye, y por fin, en «todas las obras maestras de su industria. Anhela «por ver reproducidos los cielos estrellados, los paisajes, las flores, los frutos y las aves; pero en el momento mismo que se fija su vista en las bellezas del «arte, conoce que está aun mas unido por la parte «mas pura de sí mismo á las bellezas originales; de «cuya lozanía puede decirse que es siempre antigua «y siempre nueva.

308. „Acabo, Señores, de demostrar que hai orden y belleza en este mundo visible: ahora añado «en tercer lugar, que es imposible explicar uno ni «otro sin la acción de una causa inteligente.

309. „Convencidos, pues, de la existencia del orden «en este mundo visible, veamos cuál puede ser su «causa; y si es obra de una inteligencia y razón «infinita, ó el resultado imprevisto de un acaso.

«Los sabios de nuestros días han insistido en el principio de la necesidad de desconfiar del espíritu de «partido y consultar los hechos, las observaciones y «la experiencia; advirtiéndonos que no nos entreguemos á todas esas hipótesis brillantes, que si pueden «dar honor á la imaginación del escritor, son mui poco «honrosas al naturalista. Sea pues, Señores, la experiencia el juez que decida entre los ateos y nosotros. «Yo los desafío desde luego á citar una sola obra, «digna de atención por su orden y su belleza, que «no sea fruto de una inteligencia. ¿Nos ofrecen acaso la historia antigua ó la moderna obras en que «brille la sabiduría y el ingenio, sin suponer lo uno «y lo otro en su autor? ¿Ha compuesto acaso algun «idiota una Iliada ó un poema como Atalia? Digan «si alguna vez han podido los ciegos, por mas que «manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, «dar, como por acaso, con una *Trasfiguración*, como «la de Rafael, ó si un torbellino de viento, agitando «un conjunto de piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y disponer las partes de un palacio, «como el de los Médicis. Si me probasen que una «turba de insensatos, hablando todos á un tiempo y «en la mayor confusión, habian articulado sin interrupción todas las palabras de que se compone el «*Discurso sobre la historia universal*, (1) acaso pudiera ocurrirme el pensamiento de que este mundo con «todas sus maravillas no anuncia un arquitecto inteli-

(1) *Obra que bajo ese título publicó Bossuet, y que debe mirarse, como una de las producciones mas prodigiosas del genio.*

«gente: pero si donde quiera que veo establecido un
 «orden; si á la vista de una familia bien dirigida, de
 «una ciudad bien gobernada, de un ejército bien
 «disciplinado, ó de un edificio bien dispuesto en todas
 «sus partes, se excita en mi entendimiento, aun sin
 «poderlo evitar, la idea de un agente dotado de
 «inteligencia y razon; es indispensable que siguiendo
 «las reglas de la analogía y de la experiencia mas
 «constante, me eleve, al considerar el orden admira-
 «ble de la naturaleza, hasta una inteligencia suprema,
 «y que lo crea obra suya.

310. „Nosotros solo podemos juzgar de las cosas
 «por nuestro modo de concebirlas, y con arreglo á
 «las primeras ideas que constituyen en cierto modo
 «nuestro entendimiento y son la basa necesaria de
 «nuestros racionios. Así es que el hombre siempre
 «ha racionado por el principio de que el orden en
 «un efecto supone inteligencia en su causa; y con-
 «forme á esta regla luminosa, invariable y universal,
 «ningun hombre sensato se ha persuadido nunca, que
 «tomando al acaso y sin eleccion letras de imprenta,
 «pueda resultar un poema como Atalía, por mas que
 «esta operacion maquinal, hecha sin discernimiento,
 «se repita sin cesar millones de siglos. El orden y
 «el desorden se distinguen en nuestra inteligencia,
 «tanto como la sabiduría y la locura, la luz y las
 «tinieblas. Un intervalo inmenso separa al agente do-
 «tado de inteligencia del agente ciego y estúpido,
 «sin que nuestra razon nos permita confundirlos en
 «sus efectos ni en su naturaleza: y si se necesita
 «inteligencia para componer una esfera artificial que
 «represente los movimientos celestes, cómo pueda

«concebirse que no haya sido necesaria también, para
 «disponer las esferas reales que ruedan por los cielos?

311. „Parece que persuadidos los ateos de nues-
 «tros dias, de que en la realidad el acaso no es nada,
 «se han avergonzado de atribuirle la formacion del
 «universo; y en efecto, tanto en el mundo fisico co-
 «mo en la vida humana, todo tiene su verdadera
 «causa aunque oculta; y solo para expresar una ocu-
 «rrencia inesperada ó un resultado imprevisto, que no
 «por eso deja de tener una causa, ha sido preciso
 «adoptar esta palabra *acaso*, voz que de ningun mo-
 «do puede ser agente ni causa. Pero nuestros ateos,
 «al dejar de invocarle, han alborotado el mundo con
 «lo que ellos llaman la *naturaleza*, la *necesidad*: he
 «aquí sus dioses, que no son ménos quiméricos que
 «los del paganismo. Tan crédulos y tan desatinados
 «se muestran los ateos en su modo de explicar el
 «universo, que bajo este punto de vista, son los
 «hombres mas supersticiosos; y si no, que nos digan
 «lo que entienden por naturaleza. Si entienden una
 «naturaleza sábia, dotada de prevision, y que todo lo
 «dispone conforme á un plan concertado de antemano,
 «es mudar las palabras y conservar las cosas; pues
 «esa misma naturaleza es la causa inteligente que
 «nosotros buscamos: es Dios. Pero no; para ser
 «consiguientes deben designar por la palabra *natura-*
 «*leza* la universalidad de los seres, el conjunto de
 «cuanto existe, el gran todo del universo, y en una
 «palabra, el mundo; que es lo mismo que no decir
 «nada, y que el mundo es el autor del orden del
 «mundo. Ellos nos hablarán de la energía de la
 «naturaleza, de atraccion, de impulsión, de repulsión,

«de afinidades; pero yo en esto solo veo reglas, y
«siempre preguntaré quién es el regulador; veo me-
«dios para la conservacion del orden, los cuales suponen
«un ordenador, en lugar de excluirle.

312. „Con la misma inoportunidad invocan la ne-
«cesidad; y así, para entendernos, procuremos no tomar
«meras palabras por cosas efectivas. Si queréis que
«el orden actual del mundo exista necesariamente y
«por sí mismo desde la eternidad, la voz del mundo
«entero se levantará contra vosotros; pues tanto los
«antiguos como los modernos, los filósofos como los
«ignorantes, y los ateos como los creyentes, todos
«están conformes en que el mundo no ha existido
«siempre cual hoy es; y entre todos los pueblos se
«ha conservado la tradicion del caos primitivo, de
«donde al fin salió el universo con todas sus mara-
«villas. Si pretendéis que el orden actual de las cosas
«es á lo ménos un resultado necesario de las leyes
«mecánicas de este mundo visible, yo os preguntaré:
«¿quién ha establecido estas leyes primordiales, tan
«fecundas en resultados maravillosos; quién ha diri-
«gido sus combinaciones; y de dónde proceden esos
«principios de orden, cuyo desarrollo ha formado y
«conserva el Universo? Veo la mano de un reloj
«dar la vuelta en una esfera y marcar exactamente
«las horas que dividen el día; pregunto cuál es la
«causa de un movimiento tan ordenado, y me res-
«pondéis que es el resultado de un mecanismo oculto
«á mi vista. Convengo en ello; ¿pero no formaré
«inmediatamente la idea de un artífice inteligente,
«que hace jugar y moverse los diferentes resortes de
«esta máquina? Veo á un ejército ejecutar con exac-

«titud las evoluciones mas diestras y difíciles: pre-
«gunto la causa, y se me responde, que lo que me
«admira tanto, es el resultado de las reglas de la
«táctica y del largo egercicio del soldado. Estoy
«conforme; ¿pero me exime esta respuesta de recurrir
«á un ordenador que manda y arregla todos estos
«movimientos? Así es que por mas que supongáis
«en la naturaleza movimientos y combinaciones su-
«cesivas, que produzcan los fenómenos que vemos y
«que tanto nos admiran, siempre será preciso llegar
«á una causa primera y eficiente de este bello orden
«que tanto nos asombra.

313. „Que esta causa inteligente sea Dios, no re-
«quiere discusion. El punto controvertido actual-
«mente entre los ateos y nosotros es saber si existe
«un ser distinto de este mundo, y que sea su orde-
«nador: si existe realmente, los ateos convendrán sin
«dificultad en que para haber dispuesto tan maravi-
«llosamente todas las partes de este inmenso universo,
«necesitaba tener una inteligencia, un poder, una
«sabiduría y una prevision mui superiores á todos
«nuestros alcances; que sus perfecciones fueran ilimi-
«tadas; que fuera un ser perfectísimo, y en una pa-
«labra, Dios.

314. „Queda pues probado que hai nociones de
«orden y de belleza comunes á todos los entendimien-
«tos; que en virtud de estas nociones cada uno per-
«cibe que hai orden en el mundo visible, y que no
«puede explicarse sino por la accion de una causa
«inteligente, que es Dios: luego existe Dios. Esta
«es una cadena de la cual no puede romperse ni un
«solo eslabon. Yo bien sé que todavía pueden pro-

«ponerse argumentos, bien que fútiles, contra estas verdades, como se proponen contra la existencia de «la materia, de la extension y del movimiento; pero «felizmente para la tranquilidad del mundo las pruebas de la existencia de Dios son sensibles á todos, «mientras que los sofismas de los ateos son tomados «de una metafísica tenebrosa é incomprendible al «vulgo; de suerte que á despecho de los ateos, el género humano continuará teniendo sentido comun, y «creyendo en Dios.» (Frayssinous. *lug. cit.*)

ARTICULO TERCERO,

El ente necesario es espíritu, único, é infinitamente perfecto.

315. Las demostraciones que hemos dado sobre la existencia de un *ente necesario*, nos conducen naturalmente á reconocer su naturaleza espiritual, á concebir que no puede haber mas que uno, y que ha de contener en sí precisamente todas las perfecciones. Es tan indispensable inferir todo esto de sola la existencia de un *ente necesario*, como lo es reconocer el enlace estrechísimo, natural é indisoluble que hai entre un principio y su inmediata consecuencia. Por lo mismo no hai medio entre el Ateísmo y el reconocimiento de esta verdad que se anuncia en el rubro del presente artículo. Sin embargo, no han faltado algunos que afectando convenir en la existencia de una primera causa, niegan, ya su naturaleza espiritual, ya su unidad exclusiva, ya su infinita perfeccion; y por tanto será mui con-

veniente manifestar los argumentos que apoyen esta idea que nos formamos de la Divinidad.

PUNTO PRIMERO.

Dios es un espíritu

316. Para no repetir demostraciones, nos bastará llamar á este propósito la atencion de nuestros lectores sobre las pruebas que dimos de la espiritualidad del alma en todo el capítulo 2.º de la segunda parte de la seccion primera, pág. 123; pues no se necesita de otra cosa para reconocer que Dios es un espíritu. ¿Pero no es mas que espíritu? Adelante probaremos, que Dios es esencialmente simple, y por consiguiente que nada tiene, ni puede tener de corpóreo. (1)

PUNTO SEGUNDO.

Dios es único.

317. La verdad de esta proposicion se demuestra fácilmente, por que la Unidad del Ser supremo es una consecuencia natural de su existencia necesaria. Esta necesidad absoluta es simple y uniforme, y no reconoce ni diferencia ni variedad, cualesquiera que sean. ¿Mas por qué no reconoce diferencia ó variedad? por que la diferencia ó variedad de existencia procede necesariamente de alguna causa exterior, de la cual dependa, como fácilmente se concibe. ¿Y no hai una contradicción manifiesta en suponer dos ó mas naturalezas diferentes, existentes por sí mismas, é independientes una de otra? Si cada una de estas naturalezas es independiente de la otra, se la puede

(1) *Vease la 2.ª parte, cap 2.º Conclusion.*